rache que, en uno de sus últimos viajes, empezó a madurar un sueño: adquirir y reformar una pequeña casa de dos plantas con una maravillosa terraza frente al Balcón del Atlántico. Soñaba con recibir allí a sus amigos y disfrutar con ellos de la comida, que tanto le apasionaba, mientras su vista se perdía en el azul profundo del horizonte atlántico.

Ha sido, para todos los que tuvimos la suerte de conocerlo, un ejemplo de generosidad, honradez y humildad. Falleció, en lo que parece una burla del destino, la tarde del 19 de abril de 2016, pocas horas después de ser nombrado hijo adoptivo de la ciudad de Albacete; pero disfrutó mucho cuando se enteró de este reconocimiento y preparó un gran discurso, lleno de cariño e ilusión. Apenas pudo disfrutar de este honor añadido, después de más de 40 años viviendo con nosotros en “su ciudad”, Albacete.

Querido amigo Ramón, descansa en paz; tu luz y tu ilusión nos seguirán guiando, junto con tu inolvidable recuerdo. Hay personas que nunca mueren, las sentimos cerca, son eternas: ahora sabemos que, en un descuido del dragón, lograste comer las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides.